

LA ÚLTIMA HAZAÑA DE LOS BORBONES

La casa Borbón aún no ha culminado su gloriosa carrera. Aunque es cierto que en estos últimos tiempos su blanca bandera se ha manchado un poco y los pétalos de sus marchitas flores de lis se doblan de manera lamentable. Carlos-Luis de Borbón trapicheó con un ducado y tuvo que abandonar el otro en condiciones vergonzosas. Fernando de Borbón perdió Sicilia y la revolución de Nápoles le obligo a aceptar una Constitución; Luis-Felipe, aunque no es más que un cripto-Borbón, ha tomado el mismo camino que todos los Borbones franceses: el canal de la Mancha, en dirección a Inglaterra. Sin embargo, el Borbón de Nápoles logrado vengar brillantemente el honor de su familia.

En Nápoles se convocaron las Cortes. La sesión de apertura era la señal para la lucha decisiva contra la revolución. Campobasso, uno de los principales jefes de la policía del tristemente célebre Del Carreto, sale en secreto de Malta; con sus viejos jefes a la cabeza, los esbirros pisan la calle Toledo por primera vez desde hace mucho tiempo; van armados y en filas cerradas; desarman a los civiles, les arrancan la ropa, les obligan a cortarse el bigote. Se acerca el 14 de mayo, día de apertura de las Cortes. El rey pide que éstas se comprometan mediante juramento a no cambiar nada de la Constitución que ha otorgado. Se niegan. La guardia nacional se declara a favor de los diputados. Se negocia, el rey cede, los ministros se retiran. Los diputados exigen que el rey que dé a conocer públicamente su concesión a través de una ordenanza. El rey promete hacerlo al día siguiente. Pero por la noche, todas las tropas acantonadas en los alrededores entran en Nápoles. La guardia nacional se da cuenta de que ha sido traicionada; se levantan barricadas tras las que se apostan de 5 a 6.000 hombres. Pero enfrente tienen a 20.000 soldados, napolitanos y suizos, y 18 cañones; entre ambos bandos se sitúan 20.000 lazzarone de Nápoles, por el momento neutrales.

Ya el 25 por la mañana los suizos declaran que no atacarán al pueblo. Pero un agente de policía, mezclado entre la multitud, dispara a los soldados en la calle Toledo; el fuerte de San Telmo iza la bandera roja, era la señal para que los soldados se precipitaran sobre las barricadas. Da comienzo una espantosa masacre; los guardias nacionales se defienden heroicamente contra una fuerza cuatro veces superior, contra los cañonazos de los soldados; el combate dura desde las diez de la mañana hasta medianoche; a pesar de la superioridad numérica de la soldadesca, el pueblo habría triunfado si la conducta miserable del almirante francés Baudin no hubiese puesto a los lazzarone de parte del rey.

El almirante Baudin, al mando de una flota francesa bastante importante, estaba frente a Nápoles. La simple amenaza de bombardear el castillo y los fuertes, hecha a tiempo, habría hecho ceder a Fernando. Pero Baudin, que era un viejo servidor de Luis-Felipe y estaba acostumbrado a la época de la cordial

entente¹, en la que se toleraban este tipo de cosas, no se movió, invitando así a los lazzarone, que ya se inclinaban hacia el pueblo, a unirse a las tropas.

Este acto del lumpen-proletariado de Nápoles determinó la derrota de la revolución. La guardia suiza, las tropas napolitanas y los lazzarone se abalanzaron conjuntamente sobre las barricadas. Los palacios de una calle Toledo barrida por la metralla se venían abajo ante las balas de cañón de los soldados; los vencedores se precipitaron furiosos y en bandada sobre los hogares, degollando a los hombres, ensartando a los niños, violando a las mujeres para luego asesinarlas, saqueando todo y entregando a las llamas las assoladas viviendas. Los lazzarone eran los más codiciosos, los más brutales eran los suizos. Imposible describir las infamias y las crueldades que acompañaron a la victoria de los mercenarios de los borbones, bien armados y cuatro veces superiores en número, y los siempre sanfedistas² lazzarone, sobre una guardia nacional casi exterminada.

Finalmente, incluso el almirante Baudin pensó que eso ya era demasiado. Uno tras otro, los refugiados subían a bordo de sus navíos y relataban lo que estaba pasando en la ciudad. La sangre francesa de los marineros empezó a hervir. Por fin, cuando la victoria del rey parecía cierta, se pensó en el bombardeo. La matanza se fue extinguiendo poco a poco; ya no se asesinaba en las calles, se contentaban con el saqueo y las violaciones; sin embargo los prisioneros eran conducidos a los fuertes y fusilados sin proceso alguno. A medianoche todo terminó; se había restablecido el poder absoluto de Fernando; se había limpiado con sangre italiana el honor de la casa Borbón.

Esta es la hazaña más reciente de los borbones. Y como siempre, han sido los suizos quienes han defendido su causa contra el pueblo. El 10 de agosto de 1792³, el 29 de julio de 1830⁴, durante las luchas napolitanas de 1820⁵, siempre nos topamos con los descendientes de Tell y de Winkelried, lansquenets a sueldo de la familia cuyo nombre, desde hace años, es en Europa sinónimo de monarquía absoluta. Evidentemente, pronto se pondrá fin a este estado de cosas. Los cantones más civilizados han conseguido, tras largas disputas, que se prohíban los reclutamientos militares; los robustos hijos de la libre Helvecia de antaño tendrán que renunciar a humillar a las mujeres napolitanas, a vivir cómodamente del pillaje de las ciudades que se rebelan y, en caso de derrota, a ser inmortalizados como lo fueron los muertos del 10 de agosto por los leones de Thorwaldsen⁶.

Los borbones, mientras tanto, pueden respirar tranquilos. La reacción, que reaparece tras el 24 de febrero, en ninguna parte ha logrado una victoria tan decisiva como la de Nápoles; y es justamente en Nápoles y en Sicilia donde empezaron este año las revoluciones. Pero el maremoto revolucionario que se ha precipitado sobre la vieja Europa no se deja encauzar con conspiraciones y golpes de Estado absolutistas. Con la contrarrevolución del 15 de mayo, Fernando de Borbón ha puesto la primera piedra de la República

¹ Aunque los intereses de ambos países estuviesen en contradicción, Guizot, ministro de Luis-Felipe, desplegó frente a Inglaterra una política llamada de "cordial entente". La crisis provocada por los asuntos de Oriente demostró el fracaso de esta política.

² Partidarios del sanfedismo (del italiano *santa fide*: santa fe). Movimiento reaccionario nacido hacia 1815 en los Estados Pontificios y dirigido por una sociedad secreta apoyada por las autoridades. Tenía por objetivo defender el régimen absolutista y teocrático contra las doctrinas liberales y las acciones de los Carbonarios. El movimiento, inspirado por el cardenal Ruffo, se extendió luego por Italia meridional y Sicilia.

³ El 10 de agosto de 1792, en respuesta al manifiesto de Brunswick, el pueblo de París asalta las Tullerías. La defensa del Palacio estaba a cargo de 4.000 hombres, entre los cuales había 900 suizos, que abrieron fuego contra los insurgentes.

⁴ La última de las Tres Gloriosas jornadas de 1830, en las que el pueblo de París salió victorioso.

⁵ En julio de 1820 hubo una revolución militar en Nápoles. El general Pepe, apoyado por los Carbonarios, sublevó a las guarniciones napolitanas.

⁶ La ciudad de Lucerna pidió al escultor danés Thorwaldsen una estatua que representara un león moribundo. Se erigió en honor a los suizos caídos el 10 de agosto de 1792 en los enfrentamientos contra el pueblo de París, que asaltó las Tullerías.

italiana. Calabria ya está en llamas; en Palermo se ha instaurado un gobierno provisional; los Abruzos entrarán también en liza, los habitantes de todas las provincias oprimidas marcharán sobre Nápoles y, junto al pueblo de la ciudad, se vengarán del traidor real y de sus toscos lansquenets. Y cuando caiga Fernando, al menos tendrá la satisfacción de haber vivido y sucumbido como un auténtico Borbón.